

II.

DOS MORTALES FORMANDO UN ANGE.

¡Qué amores misteriosos eran esos, que así se alimentaban en el rincón de esa aldea solitaria?

¡Cuánta poesía debía haber en el amor de esta pobre niña huérfana, aislada con sus pensamientos purísimos y romancescos, lejos de su país natal y del contacto envenenado de la sociedad, entregada á su inspiración, sin que la venalidad ni el interés hubiesen encontrado un eco en su inocente corazón!

¡Pobre ave de blancas plumas! ¡ave huérfana! ¡ave sola! ¡ave extranjera! que vas atravesando el espacio con raudo y sereno vuelo, aspirando todo el aire que le llena, recibiendo todos los rayos de luz que le inundan, escuchando todos los murmullos dulcísimos y misteriosos del eter!

¡Pobre ave! Dios no quiera que ese aire se envenene para tu aliento; que esa luz te ciegue al inundarte, que esos murmullos se tornen en adioses, en gritos de dolor, en suspiros de despecho, que esa vida que Dios te ha dado como bendición, languidezca y se te torne como castigo.

¡Quién era ese joven Fernando, que tan profunda impresión había inspirado en aquel inocente corazón? ¡Quién era que con solo una palabra de despido hacia derramar abrasado llanto de aquellos ojos?

Fernando era digno de tanto amor y de aquellas lágrimas.

Hijo de un noble y honrado plantador de tabaco y hacendado de aquella provincia, había pasado una parte de su juventud en un colegio de la Puebla de los Angeles y hacia dos años que había vuelto al hogar á vivir al lado de su padre.

Muy al contrario de lo que sucede casi siempre con todos los jóvenes, hijos de familias acomodadas de provincia á quienes se envía á educarse en la ciudad, fuera de la vigilancia paterna. Fernando solo había traído buenos sentimientos, instrucción, caballerosas maneras, respeto á todo lo noble y ese aire de melancolía y distinción aristocrática que hace tan interesantes á los jóvenes.

Además, Fernando era artista, artista por inspiración, artista por nacimiento si se quiere, y la mayor parte de los cuadros que adornaban los amplios y sencillos cuartos del hogar paterno, eran obras que á su mano había dictado su imaginación.

Con una fisonomía hermosa, melancólica y agradable de contemplar, con un porte simpático y distinguido, con una alma llena de pensamientos nobles, de espiritualismo, de amor, de poesía, dejándose arrebatar por todos sus buenos instintos, su vida era una incesante aspiración á todo lo bello, cada pensamiento una ilusión, cada esperanza una fantasía, cada palabra una estrofa de la poesía del corazón.

Sucedió lo que era natural que sucediera.

Fernando al volver del colegio encontró á Clemencia que hacia cuatro años se había ido á habitar la aldea en compañía de su padre, la veía en la misa mayor los días festivos, en los paseos que ella, niña melancólica y él joven soñador, errante, admirador de los lugares hermosos y solitarios, escogían de igual manera.

Además, el doctor y su padre eran antiguos amigos y se visitaban mutuamente, acompañados de sus hijos. Así es, que en las largas noches de invierno ó en las tempestuosas del otoño,

mientras los dos ancianos y algunos caballeros de la vecindad conversaban entretenidamente sobre política, sobre viajes ó jugaban al ajedrez en un rincón de la sala; los jóvenes corrían al cuartito de Clemencia, y allí sentados, cerca del piano, hablaban también en voz baja, ó tocaban juntos, extasiándose con las mismas melodías, alabando las mismas piezas de música, participando del mismo entusiasmo, ó se alternaban para leer las obras, que tales como el Pablo y Virginia de Bernardin de Saint Pierre, la Atala y René de Chateaubriand, el Werther de Goethe, las cartas de Eloisa y Abelardo, las poesías de Melendez, se encontraban por una casualidad rara en aquella época, en la biblioteca del Doctor.

Esta semejanza de edad, de carácter, de costumbres, de inclinaciones, de pensamientos, este aislamiento común en medio de una aldea solitaria, que no presentaba ningunas otras distracciones al corazón, estas largas horas pasadas solos en compañía, escuchando el monótono ruido de la lluvia que fuera azotaba los cristales de la habitación, ó contemplando con el mismo arrobamiento, con igual éxtasis el hermoso espectáculo de los silenciosos y serenos campos iluminados por la blanda luz de la luna, esta conversación inocente, pero sin testigos, estas lecturas en que figuraban personajes tan interesantes á los ojos de los jóvenes y en situación tan análoga con la suya; esta vida corriendo en común, armonizada por la música del piano y embellecida por ese perfume de melancolía y recogimiento interior que la semejanza hacía nacer, estas palabras vagas, incoherentes, estas confidencias á media voz de lo que se soñó anoche, de lo que se pensó durante el día, de esas alegrías ó dolores ocultos de la vida, hicieron nacer en el corazón de los dos jóvenes, sin saberlo, sin comprenderlo, primero una amistad, amistad entre un joven y una señorita que tan pronto degenera en una ternura dulce, en un cariño, en un amor, en una pasión.

Lo que primero había sido un efecto de la casualidad, se hizo una necesidad; los dos jóvenes acabaron por no poder vivir sin verse.

Clemencia pasaba el día inquieta, distraída y melancólica hasta la noche, y Fernando por su parte, no hacía otra cosa du-

rante el día que suspirar, pasearse cerca de la casa del doctor, por los campos que estaban detrás del jardín y sirviendo de límite entre ésta y la hacienda, hasta las ocho, hora en que su padre, con ese buen orden, con ese arreglo en las costumbres que preside á todos los actos de la vida de provincia, tomaba su ancho sombrero, su grueso bastón de nudos y su amplia capa ó su paraguas en tiempo de lluvias y apoyado en el brazo de su impaciente hijo, se dirigía siguiendo la espalda del jardín y por el bosquecillo, que ya conocemos, á la casa del doctor, donde de nuevo se entablaban los juegos, las discusiones, las relaciones de viajes ó aventuras de la juventud.

Por su parte los jóvenes se aislaban como de costumbre y después de haber permanecido un momento silenciosos como para saborear el recogimiento del placer de hallarse juntos, dejaban desbordar por sus labios el torrente contenido en su corazón durante veinticuatro largas horas, primero con suspiros, después con medias palabras, con frases incoherentes y con discursos arrebatados, hasta confundirse, hasta tocar casi sus rostros, para volver después á su silencio y á su absorción.

Clemencia dejaba caer sus manos sobre el teclado y hacía brotar de él, las armonías que la víspera habían extasiado á Fernando, ó siguiendo el giro de sus confidencias, tocaba fantasías hijas de su imaginación y de su alma.

Fernando por su parte, presentaba á la joven copias hermosas y vistas de los sitios que la víspera ella había elogiado, ó imágenes de las descripciones que juntos habían admirado en los libros que leían.

Y ese cambio delicioso de pensamientos, de ilusiones, de esperanzas, duraba hasta las diez, hora en que el hacendado sacaba su enorme reloj de plata y después de haber dado las buenas noches al doctor, á su hija y á los demás vecinos, salía apoyado en el brazo de su entristecido hijo.

Clemencia había hecho una costumbre de salir á acompañar á sus huéspedes hasta el final del corredor que terminaba en el jardín, y allí los jóvenes podían cambiar un último adiós, una última mirada, una última esperanza.

Clemencia permanecía reclinada contra una de las columni-

llas del corredor, hasta que el joven desaparecía á su vista y el ruido de sus pasos se perdía en el silencio de la noche.

Fernando por su parte, volvía repetidas veces la cara para ver dibujarse aquel cuerpo querido en el fondo oscuro del corredor; para enviar al través de la brisa un último suspiro de despedida.

¿Y sus padres, no notaban aquel anhelo de buscarse?

Sí, lo notaban.

Pero ¿qué mal podía haber en ello?

Por el contrario, parecían regocijarse interiormente de aquel afecto que debía tener un descendiente tan feliz y que estrecharía mas los lazos de la amistad que los unía.

Así se pasó para los jóvenes un año, como un dulce sueño; aquellas dos horas diarias les parecieron poco para verse, para estar juntos y desearon ya que no podían prolongarlas, verse á otras distintas.

El doctor acompañado de Clemencia acostumbraba pasearse durante las tardes, por los sitios mas hermosos y mas solitarios de la aldea hasta la oracion, hora en que ambos volvian lentamente á la casa.

Fernando lo sabia perfectamente y muchas veces oculto en un recodo del camino, habia seguido con la vista á la señorita Clemencia, cuyo rostro encantador y gracioso vestido, veia dibujarse entre los claros de los árboles; pero por un sentimiento de vergüenza y respeto al doctor que, ciertamente no podia dejar de conocer aquella solicitud en reunirse con ellos, no siempre los encontraba.

¿Clemencia sabia esto?

¿Quién sabe?

Pero una noche, preguntó con una voz lijera conmovida, sin ver á Fernando y con los ojos fijos en el teclado.

—¿Y no acostumbra vd. pasearse durante las tardes?

—No señorita, respondió éste, paso unas tardes muy tristes encerrado en mi cuarto dibujando, ó en el curato con Gil Gomez, cuya alegre conversacion apenas me distrae.

—Pues ¿no seria mejor pasear y hacer ejercicio, lo cual seria muy provechoso por el buen sueño que da la fatiga? continuó la

jóven con esa misma voz, que quiere ocultar el pensamiento que desea hacer comprender.

—¡Oh! sí ciertamente, muchas veces he pensado en ello, pero de no ir acompañado me son ya tan conocidos hasta los rincones mas apartados de la aldea de San Roque, que no tienen ningun encanto para mí.

—Ah, sí; pero nosotros ¡aseamos tambien todas las tardes.

No es necesario decir que á la tarde siguiente Fernando encontró "casualmente" al doctor y á Clemencia al volver la pequeña cañada que conducía al curato, cerca del torrente que se precipitaba detrás de él, y venciendo su timidez y su vergüenza, dijo con un acento perfectamente natural, pero que no debió engañar al doctor, que como todos los médicos era filósofo, observador y hombre de mundo.

—¡Oh! qué casualidad que nos hayamos encontrado.

—Muy feliz por cierto, dijo el buen doctor, que como hemos dicho, no veía mal aquella dulce intimidad que reinaba entre su hija y el hijo de su antiguo amigo, y debe vd. adoptar esa costumbre de acompañarnos al paseo durante las tardes que es muy provechosa para la salud.

Los dos jóvenes se ruborizaron de placer.

La costumbre se adoptó en efecto.

De manera, que mientras el doctor andaba á pasos lentos conversando algunas veces con un vecino, los jóvenes se internaban en las selvas, salvaban con dificultad, brincando sobre las piedras, el rio en los lugares en que corria mansamente, admiraban el sublime espectáculo del sol moribundo que se abismaba detrás de las lejanas montañas, que desde ese punto se dirigen á encontrarse y continuarse con la Gran Cordillera de los Andes, ó deteniéndose al pié del torrente, cuyas aguas despues de haber servido para mover las ruedas de una pequeña fábrica, se precipitaban al cabo de un cuarto de legua de camino, rugidoras, blanquizas, formando una ancha cinta de plata, salpicando de pequeños copos de espuma á los jóvenes que sentían nacer en su alma esas sensaciones indefinibles de alegría y terror, de gratitud á la Providencia, que se experimentan con la contemplacion de todos los objetos de la creacion, en esos mo-

mentos en que cada pensamiento es una plegaria, cada palabra un himno de alabanzas al Señor de lo creado.

Allí sentados en una de las grandes piedras que sobresalian del nivel del río, á la sombra de esos verdes y frondosos árboles que orillan todas las confluencias del Alvarado, aspirando esa brisa fresca y agradable que suspira en la superficie de los ríos, apagadas sus palabras por el estruendo rugidor del torrente, bañado su semblante por las últimas suavísimas tintas crepusculares, pasaban juntos instantes que traían siglos de felicidad, hasta que se oía la voz del buen doctor que les llamaba y entonces volvían lentamente á la casa, cambiando antes de separarse las flores que habían recogido, como para convencerse que no eran sueños mentirosos de inmensa felicidad, aquellas tardes de alegría, de esperanzas, de recogimiento interior, separábanse para volverse á ver en la noche y hacer recuerdo de la tarde, como temiendo ver borradas tan pronto de su alma aquellas impresiones purísimas de amor.

Los domingos y días festivos traían para los jóvenes nuevos dulces placeres.

A las nueve el anciano cura de San Roque decía en la pequeña parroquia una misa, misa que nuestro conocido Gil Gomez, en su calidad de sacristan, ayudaba despues de haber adornado el altar y haber permanecido desde las ocho en la torre para dar los tres repiques, que segun la costumbre de las aldeas, servían para llamar á la gente de San Roque y de las rancherías inmediatas.

Desde esa misma hora, Fernando, echado de codos sobre el balconcillo de piedra del campanario, desde donde la vista descubria todo el pueblo y sus inmediaciones, permanecia con los ojos fijos en direccion á la alameda que ya conocemos, hasta que descubria entre el follaje de los árboles, la gorrita verde, el tápalo encarnado y el vestido blanco de Clemencia apoyada en el brazo del doctor.

Fernando descendia precipitadamente á la iglesia y ocupaba el rincon de una columna cercana á un confesonario, donde Clemencia acostumbraba generalmente arrodillarse.

El templo se iba llenando poco á poco de gente: los jóvenes permanecían aislados en medio de aquella multitud.

El cura era demasiado anciano y la misa duraba por consiguiente mas de media hora, que para ellos era un momento, arrobados como estaban por la mística música del órgano y mas que todo por el placer de hallarse juntos.

Despues, el templo se iba vaciando gradualmente y los jóvenes eran los últimos en salir, pues el doctor acostumbraba conversar un rato con los vecinos notables que se reunían formando grupo en el cementerio, Fernando les acompañaba hasta su casa y aún algunas veces, invitado por el doctor, pasaba el resto del día en su compañía.

Ademas, hacia algun tiempo que el joven preparaba una sorpresa á Clemencia.

Una noche en que como de costumbre ambos permanecían aislados de la pequeña tertulia del doctor, Fernando, con acento conmovido dijo á la joven.

—Si vd. no se ofendiera, le enseñaría una cosa que he traído.

—¿Qué cosa? preguntó la niña con interés.

—Una pintura, respondió Fernando.

—¿Una pintura? y ¿por qué me habia de ofender?

—¿Me lo promete vd? Clemencia.

—Se lo juró á vd.

Entonces Fernando sacó del bolsillo de su levita una cajita pequeña que abrió con precaucion, desenvolvió cuidadosamente una placa de marfil sobre la que se habia pintado una miniatura y le colocó ante los ojos de Clemencia, que seguía con curiosidad sus movimientos.

Clemencia hizo una exclamacion de sorpresa y se ruborizó por la emocion.

Aquella miniatura era un retrato suyo, pero tan perfecto, tan semejante, que ciertamente la niña no pudo disimular preguntando á quien pertenecía.

Despues lo volvió á llevar á sus ojos para contemplarle de nuevo, y pálida por la sorpresa, por la emocion, por el amor, digámoslo de una vez, le volvió á colocar en manos de Fernando, diciendo con un acento trémulo y conmovido:

—¿Y por qué gasta vd. su inspiracion en esto, no valdria mas emplearle en otra cosa mejor?

—¿Lo cree vd. así señorita, preguntó Fernando.

Clemencia no respondió, pero sus ojos se clavaron con sublime expresion de amor en los de Fernando.

Los dos jóvenes sintieron que un fluido magnético circulaba por sus venas, sus rostros se juntaron hasta tocarse y al darse un beso casto, pero quemador, ardiente, apasionado, que nadie mas que la perfumada brisa de su alrededor escuchó; pero que resonó con eco de música en su corazón, sellaron para siempre aquel amor silencioso, que durante un año no se habia revelado mas que por palabras vagas, por miradas y por suspiros.

En lo sucesivo los jóvenes se vieron á hora y en sitio escusados para decirse siempre lo mismo, para jurarse amor y eterno amor, para perderse en recuerdos del pasado, en delirios del presente, en esperanzas y proyectos para el porvenir.

¿Cuáles eran esas esperanzas?

¿Quién sabe? ellos pensaban en vivir siempre juntos, sin ver que aquella union en apariencia tan fácil, era casi imposible de verificarse.

¡Ay! el viento del desengaño debia evaporar algun dia el perfume de aquel amor.

Así se deslizaron otros seis meses, mil veces mas encantados que aquel primer año de amor silencioso, sin que los jóvenes pensasen en otra cosa que adorarse y esperar.

Pero esta felicidad, como al fin felicidad, no debia durar mucho tiempo.

En efecto, aunque Fernando no desperdiciaba completamente su tiempo, puesto que las horas de la mañana y las que le dejaba libres su adoracion á Clemencia, las consagraba á la pintura, al estudio de las lenguas muertas, que formaban la base de la única educacion que entonces se daba á los jóvenes en la Nueva-España, al padre de Fernando le entró ese escrupulo que les entra á todos los padres de provincia, de creer que sus hijos no pueden labrar su fortuna sino lejos del hogar doméstico, tomando una carrera, un trabajo diferente y que el tiempo que en él pasan es perdido para su porvenir.

Una circunstancia vino á convertir en realidad el pensamiento del hacendado.

III.

DESPUES DE TREINTA AÑOS.

El virey Venegas habia desembarcado en Veracruz y el ruido de su llegada habia venido como un eco perdido hasta el rincón de aquella aldea ignorada.

El hacendado se alegró demasiado cuando supo por acaso que entre los militares que formaban el séquito del virey, se encontraba un hermano suyo de menor edad que él, que desde muy joven habia pasado á España, despues de haber servido algun tiempo en las milicias de Manila. Además, ahora volvia con el grado de brigadier, grado demasiado honorífico en aquella época y con la privanza del virey que ponía en él toda su confianza en los asuntos militares.

Una mañana, tres dias despues del desembarco del virey en Veracruz, los vecinos de San Roque contemplaron un espectáculo enteramente nuevo en su pacífica aldea: el de un militar de grado superior, lujosamente vestido, perfectamente montado y seguido de dos dragones, preguntando por la habitacion del hacendado.